

Darío Sztajnszrajber

**¿Para qué *sirve*
la filosofía?**

**(Pequeño tratado
sobre la demolición)**

lo imposible es claro que lo está haciendo desde su propia y condicionada posibilidad. ¿Cuál es entonces el papel de la filosofía? ¿Cuál será su propósito? ¿Tendrá más que ver con alcanzar el plano de lo imposible, o más bien con cuestionar todo intento de hacer pasar lo posible como imposible?

17. ¿Qué es la deconstrucción?

En la calle justo enganchamos un colectivo. Alguien me pagó el boleto. Está bastante lleno el vehículo, pero igual el canto y el baile siguen, pese a la mala cara del conductor. Otros también se suman con la música. El colectivo tiembla. Me gusta esta gente. Me gusta la gente. Gente. ¿Quién es toda esta gente? ¿A dónde van? ¿De dónde vienen? ¿Por qué coincidimos todos en este colectivo hoy, ahora? Podría haber sido de otro modo, pero fue así. ¿Y por qué fue así? ¿Por qué hay colectivos, asientos, timbres, carteles, hombres? ¿Por qué somos así? ¿Qué es todo esto? ¿Qué pasará después? ¿Hay algo más? ¿Por qué *hay* cuando pudo no haber habido nada? La pregunta deconstruye. Desmantela toda certeza para hurgar en sus orígenes. Deconstruye para comprender las razones por las cuales un sentido se fue desplegando de cierto modo cuando pudo haber tomado otros tantos caminos posibles y todos ellos a su vez deconstruibles.

Todo discurso que se ofrezca como respuesta puede ser deconstruido, porque toda respuesta descansa en un cierto itinerario que siempre pudo haber sido otro. La potencialidad de toda respuesta de poder ser otra, hace que todo pueda ser deconstruido. Solo la convicción en una única verdad, genuina, real, única, definitiva y unívoca hace de la deconstrucción un mero juego de palabras, un juego. Decir que hace de la deconstrucción un juego supone pensar al juego como si estuviese en oposición a un conocimiento serio; y sin embargo incurriríamos allí nuevamente en el pensamiento binario. En realidad, si no hay una verdad, todo es juego. El juego se ontologiza, se

vuelve condición misma del ser de las cosas. Un ser que ya no se nos presenta como algo inmutable, estable, escondido para ser descubierto y fundamento regente de todo lo que hay, sino que se nos presente siempre en su debilidad. En su contingencia. En su facticidad. Afectado. Situado. Incondicionalmente condicionado.

¿Qué es la deconstrucción? Todo depende del lugar de enunciación de la pregunta: ¿para qué estamos en el colectivo en este momento? Si lo que buscamos es comprender el propósito de este viaje en función de un horizonte de sentido según el cual todo viaje implica un punto de partida, un recorrido y finalmente un punto de llegada, daremos entonces múltiples y diversas respuestas posibles: porque me perdí, porque necesito aire, porque seguí a un grupo de delincuentes que ahora son ex delincuentes, porque la sociedad hiperconsumista del capitalismo tardío genera una cierta necesidad de desconexión similar al tedio del que hablaba Baudelaire en sus poemas hace ya dos siglos⁴⁸. Pero se puede pensar al revés. O más bien, por fuera de este plano. Parece ser que todo lo que se hace, se hace para algo. Este *hacer* ha ido cobrando en las sociedades modernas de importante influencia metafísica griega por un lado y judeocristiana por el otro, una forma utilitaria que pondera la conveniencia entendida como expansión del yo a costa del otro y de lo otro. Romper con ello es antes que nada ejercer la denuncia. Pero una denuncia que se construye desde la expansión de otro yo opuesto, repite el esquema. Denunciar el fundamentalismo de una verdad desde el fundamentalismo de otra verdad, solo reproduce el fundamentalismo. Por eso la denuncia está más bien dirigida a evidenciar cada hacer utilitario y enterrarlo en la red de intereses o de sentido de la que procede. Denunciar así es una forma de la pregunta. Se pregunta para llevar el sentido al absurdo o a su trama subyacente y se abre la posibilidad de lo inesperado, de lo que rompe con la supuesta necesidad y naturalidad de nuestros actos.

¿Por qué suponemos la existencia de vacíos de sentido que hacen del ser humano contemporáneo alguien en busca de las respuestas aún faltantes? ¿Por qué suponemos que nos importa más cerrar que abrir? ¿Y si fuera al revés? ¿Y si viviéramos en un mundo tan plagados de respuestas que ya se hallan tan instaladas en nuestra cotidianidad que no las visualizamos como respuestas posibles y solo posibles? Si así fuera, la tarea de la filosofía más que intentar encontrar el *por qué*, se dedicaría a todo lo contrario: a formular siempre nuevos *por qué* aún no formulados. O recordar los clásicos *por qué* que han engendrado la historia misma de la filosofía. Preguntar “por qué el ser y no más bien la nada” no tiene ninguna intención de estructurarse en una pregunta que busca su respuesta, sino que emerge como una pregunta necesaria cada vez que el ser humano se encuentra de tal modo cosificado que olvida, diría Heidegger, el ser de las cosas, esto es, que olvida la apertura constitutiva de todo lo que hay⁴⁹. Que olvida el *haber* y su sinsentido originario.

Restaurar la pregunta puede ser una interesante manera de cuestionamiento cuando el mundo se nos presenta funcionando perfectamente. Hacer filosofía en el medio de una crisis es fácil. Las crisis siempre nos muestran los contornos y desde esos márgenes podemos avanzar hacia los fundamentos. El día en que esa pareja nos abandonó, rápidamente problematizamos la naturaleza del amor y todas sus posibles implicancias. Pero no deja de tener este acto intelectual una motivación utilitaria. Aunque la crisis nos haga disparar para cualquier lado, no deja de haber un motivo concreto, digno y hasta necesario, pero que no escapa a la lógica de cierta conveniencia y por ello en algún punto lo condiciona. Por eso, lo interesante es problematizar la naturaleza del amor cuando nos encontramos en el mejor de los idilios. Preguntarnos por los contornos de aquello que funciona y que por ello nunca estaría al alcance de la pregunta. Estoy pasando un buen rato aquí arriba del colectivo. Seguramente nunca

me preguntaría nada sobre la esencia o lo que sea de la felicidad, la alegría o el bienestar, sino que seguiría bailando o haciendo como que canto ya que desconozco la mayoría (la totalidad) de las canciones. En cambio si estuviera viajando en un colectivo, deprimido y angustiado, es probable que repasaría una a una todas las teorías sobre la felicidad y radicalizaría hasta el extremo la inconveniencia de ser feliz y de todos los estados optimistas del ser. Animar la pregunta en un momento de estabilidad puede ser más rico en matices, en asociaciones inesperadas. Recordar así el por qué no solo de lo que estemos haciendo sino de la totalidad es una manera de recordar siempre la contingencia, apertura e incertidumbre de lo que nos rodea. Es recordarnos humanos.

18. Paranoias existenciales

Hacer filosofía es intentar explicar las razones por las cuales los fenómenos que nos rodean se comportan del modo que se comportan. Y como esas razones no suelen estar en las superficies, suponemos una zona más profunda donde habitan. Como si detrás de la letra hubiera la razón de la letra, como si detrás del movimiento de los astros, hubiera las razones de los movimientos, como si detrás de nuestras conductas, hubiera un motivo. El *por qué* no se hace presente en las superficies, sino que se esconde. Heráclito lo dijo de nuevo, "a la naturaleza le place ocultarse"⁵⁰. Pero, ¿por qué? Y sobre todo, ¿a dónde? ¿De dónde proviene esta concepción "paranoica" de la realidad que entiende la existencia de otra dimensión por debajo de la nuestra? ¿Y por qué "debajo"?

Hay diferentes tipos de paranoias existenciales. La metafísica sostiene lo que en la historia de la filosofía se ha denominado el *dualismo ontológico*: hay otro mundo que explica el nuestro, y en general ese otro mundo es mejor, más verdadero, más real, más auténtico, más genuino, más puro, más... Más porque este es menos. Es una degradación, una copia imperfecta, una encarnación material determinada por el cambio, una falencia. No solo se parte de la hipótesis de la irrealidad de nuestra realidad, sino que además se postula la existencia de otra realidad más real. Y que además se encuentra oculta, no evidente, no a los ojos, sino que implica un trabajo de búsqueda, pero un trabajo esforzado que incluye una técnica, una destreza y por lo tanto un aprendizaje. Hay especialistas, videntes, detectives de la verdad que poseen un saber, un arte, una visión más aguda que los coloca en una zona más iluminada o que los hace seres con la capacidad de